

VOCES

EDITOR: FRANCISCO VACAS
fvacas@elnuevodia.com



MIGUEL A. SOTO CLASS
DIRECTOR EJECUTIVO DEL CENTRO PARA LA NUEVA ECONOMÍA

Nueva York

Nueva York siempre ha tenido un significado especial para mí. Era tema de los cuentos que le escuchaba a mis abuelos maternos quienes vivieron allí durante muchos años, trabajando en una fábrica de trajes que fundaron junto a un amigo judío en el Garment District de la ciudad.

Por el lado de mi papá estaba el tío Ismael, el único de los hermanos de mi abuelo que se había ido de Aguadilla y vivía en Nueva York.

Era el más cosmopolita de todos los demás familiares de Aguadilla y siempre nos traía regalos en las navidades cuando regresaba a Puerto Rico. El regalo que más recuerdo era un par de zapatos cuatro tamaños mayor que el que usaba y que vine a estrenarme muchos años después.

Cuando me fui a estudiar a Estados Unidos, mis papás me llevaron y paramos en Nueva York para visitar a Ismael en su apartamento del Bronx. Me regaló un abrigo viejo que fue el que me protegió y cubrió durante muchos de los inviernos inmisericordes que pasé en New Haven.

En parte por estas experiencias me pareció no sólo natural sino también importante hacer una presentación de nuestro recién publicado Informe CNE/Brookings en la ciudad de los rascacielos.

Eso hicimos la semana pasada en dos presentaciones separadas. La primera fue en el Banco de la Reserva Federal de Nueva York donde compartimos los hallazgos y propuestas del estudio con un nutrido grupo de representantes de Wall Street, muchos de ellos puertorriqueños, como Rita Maldonado-Bear, una de las autoras del informe y además la primera latina en ser profesora en la Escuela de Negocios de New York University.

Al otro día, hicimos una presentación en la Universidad de Columbia, donde el profesor Francisco Rivera-Batiz, otro de los autores del informe, nos organizó una presentación para académicos, grupos comunitarios y representantes de la comunidad puertorriqueña de la ciudad.

Mi mensaje allí fue sencillo. Primero, les presenté el consenso de nuestro estudio de tres años por treinta y dos economistas: que la economía de Puerto Rico era un vaso mitad lleno y que aunque teníamos grandes retos, teníamos también todos los elementos para poder restablecer nuestro crecimiento económico.

Además, les confesé que reconocía no tan sólo el interés que ellos tenían en los asuntos de Puerto Rico, sino más aún, su derecho a participar en esos debates.

Los retos económicos a los cuales Puerto Rico se enfrenta son considerables. Y no podemos darnos el lujo de marginalizar a la mitad de los puertorriqueños de las propuestas y la agenda de cambio.

Por primera vez en la historia, hay más puertorriqueños fuera de Puerto Rico que en la isla. Tres millones 900 mil aquí y cuatro millones en Estados Unidos. Otros países con una situación similar lo son Irlanda e Israel.

Y en ambos casos, el crecimiento económico que han experimentado se ha debido a la participación de su diáspora en los asuntos del país.

Es imprescindible para restablecer el crecimiento en Puerto Rico que construyamos un puente entre las comunidades puertorriqueñas de Puerto Rico y Estados Unidos.

Estamos ante una encrucijada económica y será sumamente difícil lograr los cambios que deben ocurrir. Pero si no contamos con nuestra otra mitad, les aseguro que será virtualmente imposible.

Ahora bien, el puente no lo debemos tender simplemente por necesidad o conveniencia. Aunque estuviéremos boyantes, no tiene sentido que estemos desligados de nosotros mismos.

Mi tío Ismael nunca dejó de considerarse puertorriqueño. Y en Nueva York no se lo dejaban olvidar.

Yo soy quien soy en gran parte por las experiencias de mis abuelos y mi tío Ismael en Nueva York.

Ellos nunca me negaron a mí y yo no los voy a negar a ellos.